

Arte, violencia y Covid-19. Resistencia creativa, habitus radical y campo de activismo cultural

Art, violence, and covid-19. Creative resistance, radical habitus, and field of cultural activism

Arte, violência e covid-19. Resistência criativa, habitus radical e campo de ativismo cultural

Edgar Guerra*

RESUMEN

En base a un estudio de caso en la región de Tierra Caliente, México, el artículo analiza las estrategias del activismo cultural para responder a contextos de violencia criminal y de pandemia por Covid-19. El artículo hace dos contribuciones: empíricamente, aporta información relevante para la literatura sobre activismo cultural y, conceptualmente, el estudio abreva en la teoría de campos para mirar la acción colectiva en tiempos de crisis.

Palabras clave: activismo cultural, Covid-19, habitus radical, campo de activismo, violencia criminal.

ABSTRACT

Based on a case study in Tierra Caliente, Mexico, this article analyzes the strategies of cultural activism in reacting to criminal violence during the Covid-19 pandemic. This study makes two contributions: empirically, it provides relevant information on cultural activism literature and, conceptually, draws on field theory to look at collective action in times of crisis.

Keywords: cultural activism, Covid-19, radical habitus, activism field, criminal violence.

RESUMO

Com base em um estudo de caso na região de Tierra Caliente, no México, o artigo analisa as estratégias do ativismo cultural para responder a contextos de violência criminal e da pandemia da

Palavras-chave: ativismo cultural, Covid-19, habitus

* Mexicano. Doctor en Sociología por la Universidad de Bielefeld, Alemania. Cátedra CONACYT adscrita a la División de Estudios Multidisciplinarios del Centro de Investigación y Docencia Económicas, CIDE A.C. Ciudad de México, México. edgar.guerra@cide.edu

covid-19. O trabalho faz duas contribuições: de forma empírica, entrega informações relevantes para a literatura relacionada ao ativismo cultural e, de forma conceitual, o estudo se fundamenta na teoria de campos para examinar a ação coletiva em tempos de crise.

radical, campo de ativismo, violência criminal.

1. Introducción: El activismo cultural durante la pandemia

En el campo artístico y cultural de México, los colectivos y organizaciones de artistas destacan por su capacidad para promover y difundir manifestaciones artísticas como el teatro, la poesía y la literatura. Con sus artefactos culturales, estos grupos proponen representaciones alternativas de la realidad cristalizadas en poemas, novelas, obras de teatro y otras tantas que difunden en eventos como ferias, festivales y encuentros. Muchas veces, más allá de sus fines artísticos, a través de sus propuestas narrativas y estéticas, estos grupos disputan la representación social de ciertos temas. Es el caso de los colectivos de arte y cultura de las ciudades de Apatzingán, Nueva Italia y Buenavista en la región de Tierra Caliente, México, ya que con sus proyectos culturales rescatan y difunden la cultura regional, al tiempo que desafían las representaciones sociales hegemónicas sobre la violencia y la criminalidad. En este sentido, se trata de colectivos de creadores que construyen arte y que, al mismo tiempo, despliegan un activismo social y político. Todo esto, en un contexto social e histórico marcado por mercados ilegales de drogas y la proliferación de grupos armados.

A partir de marzo de 2020, el activismo cultural en Tierra Caliente enfrentó condiciones de su entorno cualitativamente distintas. Por un lado, la pandemia por el nuevo coronavirus y las medidas de sana distancia decretadas por el gobierno de México colocaron a los grupos activistas en una situación de riesgo ya que su propia sobrevivencia como colectivos dependía de su decisión de mantenerse en confinamiento, lo que significó la imposibilidad de continuar sus actividades que transcurrían en su mayor parte en el espacio público. Por otro lado, a pesar de la política pública de distanciamiento social, la actividad de las organizaciones criminales de la región aumentó significativamente, lo que se manifestó tanto en la presencia pública de los grupos criminales como en el surgimiento de nuevos grupos armados.

No obstante, a pesar del contexto de riesgo y peligro, el activismo cultural logró organizar actividades artísticas tanto en el espacio público como a través de redes sociales, lo que obtuvo incluso eco internacional. Además, amplió su impacto social en sus comunidades y resistió las amenazas de diluirse ante la falta de actividad, recursos y apoyo.

Como se mostrará en la siguiente sección, el tema sobre la acción colectiva en tiempos de crisis por la pandemia por Covid-19 ha sido objeto de estudio en la literatura especializada. En esa línea de estudio, el objetivo de este artículo es mostrar cómo grupos de activismo cultural resistieron y se sobrepusieron a los efectos de las medidas de distanciamiento social y al recrudecimiento de la violencia criminal en Tierra Caliente.

El artículo hace dos contribuciones. En primer lugar, desde el punto de vista de la investigación empírica aporta información relevante a la literatura sobre activismo cultural al analizar el caso de Tierra Caliente. Segundo, desde la teoría el estudio abreva en la teoría de campos para analizar la acción colectiva en tiempos de crisis, en especial, desde autores como Crossley (2002, 2003, 2005), Bourdieu (1991, 1997, 1998) y Castro & Suárez (2018).

La discusión se estructura como sigue. La primera sección introduce el tema del activismo cultural y su relevancia como objeto de estudio desde la perspectiva de la sociología de la acción colectiva y la segunda explica el diseño metodológico. La tercera, por otro lado, describe el contexto de violencia criminal y de contingencia epidémica que enmarca el caso de estudio y la cuarta sección presenta los hallazgos. El último apartado está reservado para conclusiones.

2. Activismo cultural

Antes de discutir sobre cómo el activismo cultural enfrenta el escenario de pandemia y violencia es necesario definir esta forma de acción colectiva y conocer sus principales rendimientos.

La discusión sobre el arte, los creadores artísticos y el activismo cultural se ha enmarcado dentro de la literatura sobre movimientos urbanos. Hoy sabemos que el activismo cultural se entiende como un tipo de movimiento social arraigado en colectivos, que cuenta con una base social y que apunta al contexto local como su principal objetivo de cambio (Castells, 1977; Fainstein & Fainstein, 1985). En este sentido, el potencial de construcción de demandas y de búsqueda de transformación o incidencia social y política es evidente. Incluso en la literatura, al activismo cultural se le observa como la punta del iceberg de movimientos que encabezan luchas sociales amplias con demandas

de transformación estructural (Thompson, 2012). De hecho, ahí donde el activismo cultural se enraza y opera, autores como Harvey (2001, 2006) han visto espacios de esperanza de donde emergen formas de resistencia y de acción política ante las fuerzas del Estado y del mercado (Harvey, 2000).

Es importante aclarar que la estrategia y objetivos políticos no son los únicos componentes del activismo cultural. Este también cuenta con una dimensión simbólica. Los activismos también son productores de significados (Novy & Colomb, 2013) y contribuyen a edificar nuevas formas de lo político a través de una estética de la protesta, una historia compartida y el entusiasmo por formas artísticas de resistencia (Buser et al., 2013). De hecho, dentro del activismo cultural la obra de arte deviene en artefacto que transmite tanto contenidos estéticos como políticos. Tanto la dimensión política como la dimensión artística constituyen al activismo cultural. De este modo, el evento de protesta es el momento en que los márgenes entre estética y poder, entre el artista y el activista, se entrelazan mediante múltiples vasos comunicantes (Luger, 2016).

Así, la literatura establece una relación entre activismo cultural y resistencia, y, por tanto, vincula de forma sistemática al arte, los artistas, lo político y el espacio urbano. Así, conceptos como *creative resistance* (Novy & Colomb, 2013) y *artivism* (Krischer, 2012) definen la acción colectiva de los grupos de artistas como ese lugar de enunciación desde el que se reclama la ciudad contra los efectos del mercado y el Estado.

El activismo cultural que aquí se estudia es un movimiento artístico, pero también social y político. Está compuesto por colectivos que se organizan y movilizan para difundir el arte y la cultura regional. Pero su propósito no es solamente dar a conocer sus creaciones artísticas. También manifiestan un compromiso de cambio social que busca trascender lo que llaman la cultura de la violencia. En ese sentido, su proyecto es social, a la vez que político.

Si bien la literatura especializada nos ayuda a entender el carácter político del activismo cultural, hasta ahora poco sabemos sobre el impacto de la pandemia en las actividades cotidianas de los grupos de activistas. La protesta social y el activismo son, en esencia, actividades

que ocurren en el espacio público, muchas veces de forma presencial y corporal, por lo que sin duda experimentaron cambios en sus dinámicas durante el periodo de confinamiento (Arnold et al., 2020). Además, durante 2020 y 2021, la protesta social y el activismo ciudadano transcurrieron en situaciones complejas: no solo se enfrentaron a las medidas de distanciamiento social y al riesgo de adquirir el virus, sino también a los efectos de la “infodemia” (Zarocostas, 2020), al racismo, (Chang, 2020), al autoritarismo (Zhang, 2020) y a las desigualdades sociales (Gutiérrez, 2020). Y si bien la protesta social y el activismo por sus propias características manifiestan siempre una enorme resiliencia (Flesher Fominaya, 2020), lo cierto es que las condiciones limitantes han sido únicas en tiempos de pandemia.

En el caso de estudio que aquí se presenta, el caso el activismo cultural se enfrentó a las restricciones propias del distanciamiento social, pero también a las dinámicas propias del contexto regional: la precarización social, la violencia criminal y la grave crisis de seguridad pública.

Por ello, en línea con la literatura, este artículo indaga en las características del activismo cultural de Tierra Caliente para entender cómo lograron mantener sus actividades en un contexto de pandemia y violencia criminal. En efecto, los activismos en la región mantuvieron su agenda a pesar de la escasez de recursos, de las condiciones adversas del entorno y de la emergencia de un evento catastrófico como la pandemia por Covid-19. Entender el proceso detrás tiene el propósito de contribuir a revalorar una forma de activismo que no ha logrado la visibilidad que merece.

La literatura general sobre activismo y protesta ha demostrado la utilidad de mirar los recursos (McAdam & Scott, 2005), los procesos de enmarcado que permiten construir demandas y programas (Snow & Benford, 1988, 1992), así como las estructuras del proceso político de las que se valen para movilizarse (Tilly & Tarrow, 2006). Ahora bien, para entender mejor cada uno de esos componentes y, en especial, para entender cómo se relacionan, este artículo de investigación abreva en los conceptos *campo de protesta* y *habitus radical* como instrumentos analíticos para el estudio de caso. Si bien varios trabajos se han aventurado en esta dirección teórica (Crossley, 2002, 2003, 2005; Eder, 1985), todavía son escasos los estudios con ese instrumental teórico e inexistentes los estudios sobre activismo cultural en contextos

de catástrofe como la pandemia. La hipótesis para explorar es que el activismo cultural en Tierra Caliente logró mantener su lógica a través de estructuras como campo de protesta y el habitus radical que, incluso en contextos complejos como las medidas de distanciamiento y enclaustramiento social por la pandemia de Covid-19 y el recrudecimiento de la violencia armada, permitieron sostener y desplegar sus actividades artísticas y sociales.

El argumento se desarrolla a través de un estudio de caso sobre el activismo cultural en la región de Tierra Caliente, una zona con presencia de mercados ilegales, organizaciones delictivas y violencias (Guerra Manzo, 2017; Maldonado, 2010; Zepeda Gil, 2017).

3. Metodología

La investigación, cuyos resultados aquí se presentan, se diseñó como un estudio de caso instrumental (Creswell, 2013; Denzin & Lincoln, 2018), es decir, un tipo de investigación que permite entender un problema específico (el de los activismos de arte y cultura), y permite describir y explicar sus procesos y dinámicas internas. En este sentido, lo que se busca es sistematizar las características de los colectivos de activismo cultural para construir un reporte detallado a través de distintas fuentes de información (Yin, 2009).

Se ha optado por un estudio de caso dado que el propósito es explicar a profundidad el tema a investigar (Durán, 2012; Escudero Macluf et al., 2008). La pregunta de investigación planteada para este trabajo aborda el cómo, es decir, se busca comprender a través de qué mecanismos los colectivos de activismo cultural se desempeñan en contextos de riesgo y peligro. Para responder la pregunta de investigación el trabajo transita por dos objetivos específicos. Primero, identificar las características de los colectivos que desempeñan tareas en el campo de activismo cultural: recursos, medios de comunicación, capitales, programa e identidad social. Segundo, identificar los mecanismos que les permiten operar e incidir en su espacio social: la formación de activistas, la estructuración de su dinámica organizativa y la construcción de un campo de activismo.

Las unidades para analizar son los colectivos de activismo cultural de Tierra Caliente. La principal actividad de estos colectivos es dispu-

tar la representación social de la violencia mediante actividades artísticas y culturales. En la región, pocos son los colectivos que cumplen estos criterios e incluso, durante el periodo de estudio su número se redujo aún más, debido al impacto de la pandemia por coronavirus. Sin embargo, fue posible ubicar tres colectivos de activismo cultural: Revolución Cultural, Proyecto Echeri y Centro Cultural Naranjo, asentados en Apatzingán, Nueva Italia y Buenavista, respectivamente.

Para seleccionar a los informantes, el muestreo consistió en distintas estrategias. En general, se pensó en tres criterios: a quién invitar a participar, el tipo de estrategia de muestreo y el tamaño de la muestra. En cuanto a los participantes de la muestra, se pensó en integrantes de los colectivos de arte y cultura que tuviesen una experiencia clara de participación en el campo y, por tanto, una historia que contar y elementos de información que compartir sobre el funcionamiento de los colectivos. Así, se buscó informantes que proporcionaran información sobre las características de los colectivos donde desempeñan sus actividades. Un muestreo teórico también fue importante para la investigación para que pudiese contribuir a complementar una codificación axial. Por lo tanto, en un primer momento se seleccionaron participantes similares y justo después, en la medida de lo posible, la muestra fue más heterogénea con la finalidad de elegir informantes en distintas posiciones dentro de los colectivos con el objetivo de profundizar en ciertos aspectos, cruzar y verificar información sobre otros.

Las entrevistas semiestructuradas se condujeron a través de Zoom. Se eligió esta plataforma por la familiaridad que existe con ella, pues todas las personas que participaron en las entrevistas mostraron su conocimiento y confianza en la misma. Antes de iniciar con la entrevista, a la persona se le compartió toda la información sobre la investigación, sus objetivos y fines, así como las condiciones de la entrevista en cuanto a ética de la investigación, anonimidad y conformidad. Asimismo, se les pidió firmar los protocolos de conformidad y manejo de información. Las entrevistas se grabaron en video y audio, y se transcribieron de forma manual para su análisis.

Las entrevistas semiestructuradas se condujeron con base en un guion. Este se construyó con base en las categorías elegidas para analizar los colectivos de arte y cultura: datos sobre la persona entrevistada, experiencia en el campo, recursos y estructuras organizativas del

colectivo en que participa, programa de trabajo de las organizaciones, identidades colectivas, y, finalmente, preguntas sobre la construcción de un campo de activismo.

La información se examinó mediante el análisis de contenido. El análisis inició de forma paralela a la realización de las entrevistas (n=10). Al finalizar cada entrevista se escribió un memo con un resumen de la información, palabras clave y códigos que representaran cada una de las categorías consideradas en el diseño de la investigación, así como categorías emergentes. Durante la codificación, cada una de las entrevistas se cotejó dos veces. La codificación reveló información sobre la experiencia y percepciones de las personas entrevistadas en sus tareas cotidianas dentro del colectivo. Una revisión de la codificación se instrumentó sobre la plataforma de NVivo para agrupar códigos abiertos y axiales dentro de categorías analíticas.

La información que se construyó permitió describir empíricamente a los grupos de activistas. Al mismo tiempo, permitió construir el caso de análisis a partir de las tres unidades de información. Los datos se manejaron bajo una lógica comparativa, lo que permitió entender las similitudes en la estructura y operación de los distintos tipos de colectivos de activistas de arte y cultura. El análisis del caso no se presenta de forma individualizada, es decir, no habrá una descripción de cada una de las tres unidades. Más bien, a partir del análisis individual de las unidades y de su comparación, en este trabajo se privilegiará la descripción analítica más que la descripción empírica de los colectivos de arte y cultura. Este es un artículo analítico que se enfoca más en la comprensión del fenómeno que en la descripción minuciosa de los detalles.

4. Contexto de activismo de paz en México

La investigación sobre activismo cultural se realizó en la región de Tierra Caliente, Michoacán, México. Cuando se habla de Tierra Caliente se refiere a una zona del país con una marcada presencia de mercados ilegales, en especial de sustancias ilícitas (Maldonado Aranda, 2012). Desde mediados del Siglo XX, tanto la siembra como la producción y/o trasiego de sustancias como cannabis, goma de opio y metanfetaminas ha sido una constante (Astorga, 2016; Valdés Castellanos, 2013). Estos mercados han generado el surgimiento de organizaciones criminales (Maldonado, 2010).

Existe una amplia literatura que ha estudiado los grupos criminales de la región, así como sus vínculos con las comunidades, como es el caso de La Familia Michoacana, y sus dinámicas rituales (Guerra, 2020) y religiosas (Lomnitz, 2019). También, en la larga historia de paramilitarismo en la región (Maldonado Aranda, 2012), Tierra Caliente ha sido escenario de levantamientos de grupos de autodefensas (Álvarez Rodríguez, 2021; Fuentes Díaz & Fini, 2018; Guerra, 2017; Guerra Manzo, 2015). Sin embargo, a partir de 2013, el cártel Jalisco Nueva Generación y los grupos armados locales disputan la hegemonía regional y han construido un ambiente de criminalidad y de presencia de grupos armados que se intensificó en el contexto de la pandemia.

Durante el confinamiento, la epidemia de violencia mantuvo su espiral ascendente. En particular, la dinámica de la delincuencia organizada se acentuó con el surgimiento de nuevos grupos armados y el recrudecimiento de los enfrentamientos entre las organizaciones criminales de la región, el amedrentamiento a la población civil y la extorsión a los grupos económicos. Además, los grupos armados controlan los mercados legales e ilegales, lo que en los hechos se traduce en una situación cotidiana de control territorial y social. Es decir, por un lado, controlan la delincuencia común y no permiten que grupos delictivos ingresen al territorio o desempeñen actividades ilícitas y por otro, han desplegado una política de extorsiones a los sectores comerciales y productivos de la región. Una persona de la región, entrevistada para esta investigación, sintetiza la situación de criminalidad y violencia en estas palabras:

La delincuencia común se mantiene igual desde hace años, no hay casi situaciones de eso, porque la maña tiene control sobre eso.¹ Además, lo que hacen es cobrar cuotas a los productores, el kilo de tortilla esta arriba de los 20 pesos, ya que a los productores les cobran cierta cantidad mensual, los productores de carne, los que tienen vinaterías o venta de licores, tienen que dar una cuota mensual, porque [los grupos criminales] cobran el piso a diferentes personas, la principal de entrada de ellos son las cuotas. Se mantiene discreto, pero aun así sigue funcionando. Los negocios están

1 “La maña” es un regionalismo de Tierra Caliente que refiere a los grupos de la delincuencia organizada.

cerrando, lo que se agravó poquito por la Covid-19, pero sobre todo por las cuotas.² Personas que trabajan en el campo, y ganan 150 pesos por día, en el corte de mango, pepino, limón, tienen que entregar 50 pesos de cuota al cártel, lo que les deja 100 pesos. Si quieres abrir un comercio que se vuelve popular pronto, recibes visitas para cuota, gimnasio, consultorio médico, etc. La situación de Covid-19, hizo que cerraran restaurantes, meseros fueron despedidos. El café fulano tiene que pagar su cuota independientemente del Covid-19, se mantienen igual, entonces se viene en cascada la crisis porque se mantiene todo igual. (Entrevista a activista de Apatzingán, mayo de 2020).

A través del relato, es posible percibir cómo la delincuencia se trasmite por todos los espacios sociales de la región. Esta situación ha afectado la dinámica de los grupos de activismo cultural, quienes han debido extremar precauciones, en especial restringir sus actividades en los espacios públicos. Además, para los integrantes de los colectivos de arte y cultura resulta claro que la delincuencia organizada se encuentra profundamente anclada en las comunidades. De hecho, para los activistas es claro lo complejo que resulta el problema y la situación de peligro que enfrentan ante la violencia criminal:

Apatzingán es ¡complicadísimo! Es complicadísimo. Por ejemplo, aquí cerca vive un señor que al parecer está en un grupo armado; pero él está aquí de un lado, y por allá está otro, y aquí tiene un sobrino y allá tiene un primo. Es que aquí se metió el crimen hasta la raíz, o sea aquí familias, compadres, hijos, hermanos, sobrinos, suegros [involucrados] aquí es tremendo. Apatzingán es terrible. Aquí todos o casi todos tenemos una relación directa o indirecta todos o casi todos: el primo, hermano, el papá, el hijo, tu sobrino, el amigo, todos casi todos tenemos un vínculo por ahí. Por eso digo que no es sencillo. (Entrevista a activista de Apatzingán, mayo de 2020).

Es en este contexto de recrudecimiento de la violencia armada y de medidas de distanciamiento social en el que los colectivos de activismo cultural enfrentaron el escenario que amenazaba su propia sobre-

2 En la jerga de los grupos delictivos en México, “las cuotas” es un término que refiere a las extorsiones que los grupos de delincuencia organizada cobran a los propietarios de pequeños comercios.

vivencia. No solo eso; el cerco que los grupos armados han impuesto a la región difícilmente permite el desarrollo de la confianza como mecanismo colectivo que permite la organización y movilización. Por el contrario, el escenario los arrinconaba al distanciamiento, al confinamiento y al aislamiento.

Un poeta de la región cristalizó la coyuntura de crisis en unos versos:

“Yo soy sospechoso,
en mi pueblo todos somos sospechosos,
aquí no nos vemos,
aquí no nos escuchamos,
aquí cada uno hace su canción solo,
así nos vemos cada vez más solos,
solos y más solos terriblemente solos”

(URIEL RAMÍREZ)³

Estas líneas sintetizan en unos versos las condiciones de desarticulación de capital social en la región, que son, por cierto, condición indispensable para la acción colectiva. A pesar de ello, los colectivos de cultura y arte mantuvieron sus actividades, es decir, durante el periodo de las medidas de distanciamiento social, en Tierra Caliente la acción colectiva de los grupos de arte no se desarticuló, ni se retrajo al espacio privado.

Para entender cómo lograron proseguir con sus actividades es necesario conocer la infraestructura y funcionamiento de estos colectivos.

5. Hallazgos

Las medidas de sana distancia acotaron la capacidad de los colectivos para realizar actividades, movilizar sus públicos alrededor de los espacios y organizar sus actividades en medio de las medidas de distanciamiento social y de la violencia armada.

³ El poema forma parte de la poesía viva de la región. Escrito por Uriel Ramírez, el poema no se encuentra publicado, sino que se recita constantemente en los eventos culturales.

Al principio, francamente paramos todas esas actividades. No hubo talleres, no hubo cursos, no hubo nada. Fue bastante decepcionante porque pensábamos en todo lo que habíamos logrado y que de pronto ya no había nada. Pronto nos dimos cuenta [de] que no solo podíamos empezar a hacer actividades alrededor del internet, sino que también debíamos hablar otra vez de los temas que trabajábamos desde tiempo atrás, pero también de la pandemia. Comenzamos a ver la necesidad de hablar sobre el coronavirus. Había mucho que hacer. La gente no entendía el virus y no se informaba. Había que hacer algo. (Entrevista a activista de Nueva Italia, agosto de 2020).

A pesar de los pronósticos, el activismo cultural logró sobrevivir a lo largo de la epidemia de violencia y la pandemia por Covid-19.

Con base en la experiencia en el campo y en las entrevistas, esta sección tiene como objetivo describir analíticamente el campo de activismo cultural en la región de Tierra Caliente. Los hallazgos se organizan en 5 apartados que corresponden a las categorías analíticas: habitus radical, recursos y organización, programa, identidad social y campo de activismo. Para entender la continuidad y diversificación del activismo cultural en contextos de crisis, estos conceptos emergen en toda su utilidad.

5.1 Habitus radical

A pesar de las condiciones de distanciamiento social y del confinamiento al que la violencia criminal forzaba a los colectivos de activismo cultural, pronto estos grupos comenzaron el proceso de movilización, al percatarse de la situación de crisis en la que se encontraban y la necesidad de organizarse para enfrentarlo.

Fue entonces, cómo decirte, fue entonces que me di cuenta de lo que ocurría; me di cuenta de que no; que no solamente era una enfermedad [el Covid-19], sino que también era muerte, que era muerte que se estaba colando por todo el pueblo, que se estaba metiendo en nuestras casas, con los amigos y la familia. No solo era algo que ocurría en los noticieros y no solo era una fantasía de las noticias, era algo de verdad. De terrible verdad. Fue cuando me dije, porque yo además soy muy inquieto, y fue cuando me dije, tenemos que regresar a la cultura, tenemos que recuperar la poesía

y las artes, la música y los festivales para regresar un poco de esperanza entre tanto dolor y tristeza. (Entrevista a activista de Apatzingán, junio de 2020).

El testimonio de la persona integrante de uno de los colectivos apunta a describir, desde su propia experiencia, esas coyunturas que detonan la acción colectiva. En este caso, el retorno a las actividades propias del activismo cultural como una estrategia social de defensa ante la contingencia que se presenta en la forma de pandemia. Su reflexión, emitida en medio de una crisis de “infodemia” que marcó los primeros meses de pandemia en la región, no solo cristalizaba una valoración de una coyuntura social, sino que también trazaba los lineamientos de un programa de acción. Diagnóstico y pronóstico: dos componentes importantes en el proceso de movilización social emergían y articulaban la acción colectiva. Sin embargo, su decisión —y la decisión de otros activistas— no ocurrió de forma espontánea. Por el contrario, es posible rastrear en la historia individual de varios activistas un esquema similar de reflexión y llamado a la acción ante otras coyunturas críticas. De hecho, la investigación arrojó que la historia de varios colectivos de activismo cultural comenzó a partir de una coyuntura de violencia, en la época en que la región se encontraba bajo el dominio criminal de la organización Los Caballeros Templarios. Así lo refleja un testimonio:

Una mañana recibo una llamada y me dicen que uno de mis mejores amigos de la infancia ha sido encontrado muerto, que fue levantado unos días antes y encontrado muerto. Él no tiene nada que ver [con la delincuencia organizada ...] Algo pasó. Lo levantaron⁴ y con él ya sumaban varios[...] él no era el primero, [sino que] eran casi 30 en mi colonia los muertos y desaparecidos[...] era terrible. Le digo a mi esposa —yo ya casado, con mis hijos—, porque a mí me pegó mucho, me dolió mucho esa muerte, y le digo a mi esposa, ¿sabes qué? vamos a hacer un evento cultural con o sin dinero y es cuando entra la cuestión cultural⁵. [Para entonces], ya estábamos

4 En la jerga de los grupos criminales en México, “levantar” significa “secuestrar”, aunque no necesariamente para pedir un rescate a la familia de la persona secuestrada. Muchas veces es para cometer un asesinato.

5 La persona de la entrevista se refiere al momento en que comenzó la organización de los colectivos de activismo cultural en la región.

muy lastimados [por la violencia] por lo que todo se suma, todo lo que ya había pasado, porque nosotros también habíamos sufrido agresiones. Ya venían muchas cosas, pero mi amigo fue ya como la última [violencia]. Entonces dijimos vamos a hacer música, vamos con la música, a todo el mundo le gusta la música, nosotros pensábamos organizar para Apatzingán música tradicional, el arpa, grupo de arpa". (Entrevista a activista de Apatzingán, mayo de 2020).

La narración permite entender no solo la presencia de una trayectoria de organización y activismo que en el caso de la persona entrevistada comprende una trayectoria de más de 20 años en la organización y movilización del arte y la cultura con fines de producción de artefactos artísticos. La narración también permite entrever un entendimiento del activismo cultural desde su dimensión política: como un arma para enfrentar la coyuntura de violencia y criminalidad que las instituciones del Estado no lograban paliar. Es a través del activismo que los colectivos locales logran articular agravios y proyectos de incidencia a nivel comunitario. La violencia permeaba la región y se expresaba en historias individuales de extorsión, desaparición y asesinatos. Por ello, la expresión del descontento social comenzó con la participación en la construcción de colectivos y, posteriormente, en la articulación de proyectos artísticos comunes.

Empezamos a formar un grupo de poetas, o bueno de aprendices de poeta. Un grupo de todas las edades, de jóvenes hasta gente de 60 años. [En ese momento], yo decía, estamos haciendo esto de forma subterránea. Nadie lo ve, nadie lo comenta afuera. En Apatzingán solo se hablaba de la violencia, violencia y violencia. [Por eso dije], vamos a hacer el primer encuentro de poetas en Apatzingán. Y [varias personas] me decían, es una locura, es una locura. Cómo [pensar en la cultura] si en Apatzingán hay carros quemados, hay negocios quemados, hay muertes todos los días [dije]; va porque va, era una locura, y ¿sabes qué? Sí lo era, sí era una locura. [Aun así], convocamos al primer encuentro de poetas, y así empezó todo. (Entrevista a activista de Apatzingán, mayo de 2020).

Como resultado de las entrevistas, las personas involucradas en el activismo cultural han construido una trayectoria en la región. Además, su experiencia se ha dado en el contexto de la presencia de grupos armados, tanto de organizaciones criminales como de autodefensas,

y en un clima de violencia armada. Al mismo tiempo, también han resentido la indiferencia institucional. En los tres niveles de gobierno —municipal, estatal y federal—, los apoyos con recursos fiscales han sido exigüos, si acaso el compromiso de autoridades de gobierno ha resultado únicamente en proporcionar espacios. Con todo, esto ha permitido a lo largo del tiempo dar continuidad a las actividades de los colectivos.

Poco a poco nos fuimos ganando notoriedad y pues otros también comenzaron a organizar sus propios grupos. Aquí es un lugar de mucha cultura regional. Hay mucho poeta, músico, gente que cree en la cultura, en su poder y pues le ha apostado al activismo. Aquí en Nueva Italia desde hace mucho tiempo ha habido interés de rescatar tradiciones, música regional. Lo hemos hecho con muchos problemas, con la falta de apoyo, con la violencia. Tampoco la gente no siempre ha sido entusiasta. Ha costado mucho trabajo ir construyendo. Y con la pandemia, parecía que eso lo íbamos a perder. Pero no, más bien ocurrió lo contrario, que lo que habíamos hecho antes, estaba, cómo decirlo, dando resultados. Es como si solo hubiéramos hecho una pausa. Con todo y la pandemia nos pusimos hacer lo que ya sabíamos hacer. Solo que ahora comenzamos a hacerlo en las redes sociales, en espacios, pues, virtuales. (Entrevista a activista de Nueva Italia, mayo de 2020).

A pesar de las condiciones de aislamiento y distanciamiento, los distintos integrantes del activismo cultural en las tres ciudades lograron recuperar los conocimientos y competencias propios de su habitus de activismo. Durante un tiempo previo habían logrado construir un espacio de socialización y una estructura estable que les permitió consolidar sus redes y madurar su capital social (Alam et al., 2019; Gäbler, 2015). Contaban, además, con una trayectoria de participación que les permitió desarrollar una disposición para la acción colectiva (Searle-Chatterjee, 1999), un habitus que se manifestaba en toda su radicalidad al enfrentarse a la pandemia y a la violencia criminal.

5.2 Recursos y organización

Sin duda, un tema importante en el periodo de distanciamiento social fue el de los recursos con que cuentan los activismos. De hecho, durante el periodo pandémico los recursos fueron aún más escasos. Al no

existir la posibilidad de organizar eventos en el espacio público y, por tanto, de mantener cierto ingreso por vía de cooperación, una parte de los recursos disminuyó de forma abrupta y notable. Sin embargo, los tres colectivos lograron construir mecanismos emergentes de captación de dineros, principalmente a través de rifas en línea de objetos varios, mediante colectas y donaciones e incluso hasta cobrando pequeñas cuotas en sus eventos en línea.

La verdad fue una época muy difícil. De por sí, siempre ha sido complicado el tema del recurso, siempre ha sido difícil mantener un ingreso y sostener al colectivo. Pero ahora, el problema era que además de que no podíamos organizar eventos públicos, la gente tampoco traía dinero. Se perdieron empleos, los negocios no vendían lo suficiente, y todo escaseaba o al menos no se podía comprar. Si a eso le sumas que la maña seguía con sus bloqueos, pues imagínate. (Entrevista a activista de Buena Vista, agosto de 2020).

Las diferencias en la capacidad de generar recursos al interior del campo redundan en la emergencia de relaciones de subordinación entre los colectivos con menos recursos. Como en todo campo, las posiciones entre los agentes se articulan de forma diferenciada y la lucha por los recursos produce lógicas de tensión, conflicto, así como jerarquización y poder.

Asimismo, las estructuras de comunicación fue un tópico relevante. Durante la pandemia, la difusión de la información se convirtió en una herramienta indispensable para la tarea de los activistas en dos sentidos. Primero, que las actividades artísticas y culturales se promuevan para que la mayor cantidad de gente atienda los eventos en línea. Segundo, se ha buscado que los colectivos difundan su programa y mantengan su presencia en el imaginario colectivo, es decir, se trata de generar mayor participación, pero también más reconocimiento en la región, lo que eventualmente se traduce en alianzas con otros colectivos e incluso en apoyos institucionales. En ese sentido, las redes sociales, en especial Facebook, se han convertido en el mejor medio de difusión. Sin duda alguna, durante el periodo de las medidas de distanciamiento social, las redes mantuvieron su función de igualación social, ya que su acceso es relativamente más asequible. La topografía del campo, que mantiene una tendencia hacia la desigualdad, encontró en la fuerza igualadora de las redes sociales un espacio de resisten-

cia. Muchos colectivos se han conectado a este universo y, desde ahí, piensan estrategias de acción.

El Face nos permitió [acercarnos] a todo mundo. Imagínate aquí en este pueblo donde no tenemos cines, donde no hay conciertos, ni teatros, en el periodo de encerramiento fue brutal. El único lugar que quedó para convivir fue el Face. Y también el Zoom. Al principio era el Face, y el YouTube, donde vimos que también la gente subía sus vídeos. El Whats también. Pero lo que después alcanzamos a ver fue que el Zoom nos permitía [organizar] esos eventos. Fue algo que nos cambió totalmente, porque entonces nos dimos cuenta que podíamos organizar eventos como antes, bueno, casi como antes, en que la gente se conectaba y podías estar ahí durante toda la transmisión. Ya después vimos que podíamos transmitir por Face y dejarlo en nuestras páginas. Fue como un cambio muy fuerte que despertó al colectivo. (Entrevista a activista de Buena Vista, mayo de 2020).

Cabe decir que los recursos cognitivos propios de cada colectivo tienen un impacto directo en la forma en que se emplean las redes sociales, esto es, que en el manejo de las redes sociales no todos alcanzan la experiencia suficiente para construir campañas exitosas. Si algo ha mostrado la pandemia es que las redes sociales están disponibles para todos, pero no todos lograron emplear con éxito esas redes sociales. Además, es necesario señalar que esta infraestructura comunicativa se construyó sobre la base de los vínculos sociales y alianzas políticas con que los activismos ya contaban desde antes del inicio de la pandemia. No por casualidad es Facebook la red social más utilizada por los colectivos de la región, ya que esta plataforma se construye sobre la base de las redes familiares, de amistad y de vínculos de trabajo, lo que desde el punto de vista de los colectivos resulta más funcional para sus propios fines de enlace. Paradójicamente, en este contexto las estructuras de comunicación, si bien modernas, lo cierto es que se estructuran sobre una dinámica bastante tradicional.

La topografía del campo, con su estructura de posiciones y sus capitales, se ha visibilizado aún más en tiempos de pandemia. Asimismo, los vínculos sociales de tiempo atrás y las posibilidades que se han abierto con las redes sociales han dado paso a una mayor articulación de los activismos. La mayor permanencia y atención en las redes so-

ciales ha aumentado significativamente la interacción entre los colectivos, que ahora se reconocen más como parte de una red de activistas y organizaciones civiles que comparten y compiten por recursos y posiciones en un espacio común. Dos elementos son fundamentales para entender la convergencia de los activismos en un mismo campo. Por un lado, los intereses, demandas y objetivos comunes que se traducen en un programa y, por el otro, la construcción de formas de confianza y reconocimiento que han dado paso a la consolidación de una identidad social.

5.3 Programa

El activismo cultural en la región se compone de una amplia oferta de opciones que van desde iniciativas individuales hasta organizaciones. El objetivo de estos activismos, que es parte central de su programa, consistía, hasta antes del inicio de la pandemia, en promover actividades culturales y fomentar las expresiones artísticas como una estrategia para enfrentar la violencia —principalmente violencia criminal— en el plano simbólico, es decir, en el plano de la cultura.

Nuestro objetivo es contrarrestar un poco esa imagen que se tiene [sobre la violencia en la región] y en general construir espacios para que se desarrollen las artes y las culturas; sobre todo para que haya más interés por parte de la población; [antes del Covid-19,] nos estábamos enfocando en los jóvenes para que ellos tengan un poco más de acercamiento a todas estas cosas, dado que no existen los espacios aquí en Tierra Caliente; son pocos los lugares en donde se pueden desarrollar actividades de esta índole; a diferencia del crimen organizado nosotros vamos a ser promotores organizados de la cultura. (Entrevista a activista de Nueva Italia, junio de 2020).

El proceso de construcción de representaciones alternativas de la realidad no se limitaba a un programa de construcción de paz. De acuerdo con los activistas entrevistados, el objetivo del activismo cultural era que la población adquiriera una propia manera de entender el problema de la violencia, y de politizar a sus públicos. Sin embargo, en el nuevo contexto de pandemia, los temas a trabajar ya no debían ceñirse exclusivamente a la violencia criminal; ahora había que hablar sobre la pandemia, de sus efectos en los cuerpos y en las personas.

No fue algo tan sencillo porque de por sí, el tema estaba muy contaminado. La gente no creía nada en lo que decían las autoridades. De hecho, no creían en el virus. Hubo un momento que era como si no pasara nada. [La gente] caminaba sin cubrebocas, se juntaban a hacer sus reuniones, no dejaban la tomadera.⁶ Por eso comenzamos a pensar que había que hacer campañas en las redes sociales, no solo por la paz y la esperanza, pero también por la salud, por los cuidados, por mantener el respeto a los demás. Era un poco decir, pues si tú no te cuidas por ti, sí tienes que cuidarte por los demás”. (Entrevista a activista de Nueva Italia, mayo de 2020).

Si bien los colectivos se vieron obligados a modificar su discurso, esto les permitió socializar su programa principal de activismo cultural y, en especial, fortalecer la idea del activismo, el arte y la cultura como herramientas para hacer frente a situaciones de crisis ya fuera la violencia y la criminalidad o la pandemia.

5.4 Identidad social

El proceso de formación de una identidad social entre los colectivos culturales se ha fortalecido a la par de la constitución del campo de activismo. Si bien en la región preexistía una cierta identidad entre los habitantes de la región de Tierra Caliente, lo cierto es que, al interior de los colectivos de cultura, sus integrantes se han construido la imagen y autocomprensión como activistas que promueven el arte y la cultura desde una perspectiva de construcción de paz en tiempos de pandemia. De hecho, la historia de las movilizaciones que los colectivos han organizado en la región ha contribuido a construir en el imaginario social la idea de una gesta colectiva. No pocos de los activistas rememoran historias individuales y grupales que se han consolidado como narrativas compartidas de acción colectiva, lo que ha dado lugar al fortalecimiento de esa identidad común.

La identidad social en los colectivos de los activistas por la cultura se ancla fuertemente en un sentido de pertenencia regional, de reconocimiento de sus lazos familiares, de amistad y de paisanaje. Una

6 El término “la tomadera” es un regionalismo que significa la ingesta excesiva de bebidas alcohólicas.

identidad que se simboliza en los artefactos culturales como la vestimenta, la comida, los regionalismos y las maneras de ser y estar en ese espacio social. Además, con el ánimo de reencontrar un pasado mediato común, los colectivos han explotado otros recursos como es la música regional, la laudaría, los bailes tradicionales y las formas tradicionales de la poesía.

Es la cultura, como estructura transversal, que funciona como horizonte de fondo de su identidad regional y permite el anclaje de su identidad colectiva; es el material con el que elaboran sus artefactos artísticos, con el que movilizan su estética y disputan la representación social sobre la violencia. No obstante, la cultura es también un poderoso elemento político que les permite construir su identidad social como grupo a partir de una coordenada moral, la coordenada de un pueblo que celebra la cultura, la paz y la esperanza frente a los grupos de la delincuencia organizada –que representan la cultura de la violencia.

En Apatzingán todavía hay esperanza. Aquí creen que todos somos unos delincuentes. [Pero] la mayoría de la gente es buena, tenemos trabajo; si un grupo de criminales de 500 personas o 1000 personas hacen más ruidos que nosotros, es distinto. Pero somos más los que queremos, vivir en un pueblo distinto, diferente, que nuestros hijos, que nuestros hermanitos crezcan una Tierra Caliente sin violencia y que no impongan la música, la forma de vestir, la violencia. Entonces, [lo que queremos decir es] ¡acá estamos! ¡Existimos! No nada más es armas y violencia, también hay música. Existimos mundo, aquí estamos, volteen a vernos; no, nos abandonen porque nos sentimos solos. (Entrevista a activista de Apatzingán, mayo de 2020).

5.5 Campo de activismo

Entre los distintos colectivos de activismo cultural ha ocurrido un proceso de mayor convergencia en términos organizativos, culturales y políticos. Paradójicamente, las medidas de distanciamiento social, además de desarticular sus actividades y sus relaciones, se tradujo en la oportunidad para organizar eventos conjuntos, como festivales culturales, talleres literarios o concursos de arte y poesía. Al mismo tiempo, propició una coyuntura para una mayor organización y mo-

vilización de públicos, de expandir el impacto de sus actividades más allá de los límites regionales y de estrechar vínculos con otras formas de activismo cultural allende las fronteras nacionales. Esta capacidad de vinculación entre los colectivos y los agentes se facilita, evidentemente, por la similitud de las propuestas programáticas en las que se comparten valores como la paz y la seguridad frente a la violencia. Además, los agentes comparten normas y prácticas propias de su habitus radical forjado en el activismo desde tiempo atrás, en la organización de eventos públicos y construcción de artefactos culturales. En este sentido, las actividades de los colectivos se producen en un espacio amplio de recursos, posiciones y capitales. Se trata, por tanto, de un campo.

El campo de activismo permite observar a sus agentes con sus capitales, con las disposiciones simbólicas que han adquirido y con sus posiciones que determinan sus relaciones entre sí, ya sean de solidaridad o de competencia. En efecto, los liderazgos y la posición que los distintos agentes y colectivos ocupan en el campo son determinadas por el tipo y el volumen de capital que posee (económico, cultural, social y simbólico). Si bien establecen un particular orden jerárquico y una relación desigual entre agentes, al mismo tiempo dinamizan la distribución de recursos, permitiendo la lucha, pero también ciertas formas de cooperación. Así lo describe uno de nuestros activistas entrevistados:

Yo colaboro en lo que se me permite, pero la verdad no aspiro a una posición de liderazgo, porque pues, no, o sea, no tengo los estudios, ni la poesía, pero lo que sí sé hacer es participar, y participando soy muy bueno, siempre puedo invitar muchas personas. Ahora con la pandemia me encargué de organizar, más que de otra cosa. (Entrevista a activista de Nueva Italia, mayo de 2020).

El campo de protesta permite entender cómo el agente —en este caso el activista— adquiere esa serie de disposiciones que forman su habitus radical. Este campo de activismo constituye un sitio de socialización que permite a los agentes adquirir habilidades específicas y que forman su acervo de conocimiento para la movilización (Crossley, 2003). De hecho, el campo funciona como una comunidad de práctica donde los participantes internalizan ciertas disposiciones y desarrollan sus habilidades.

Lo anterior no significa que las formas de acción colectiva y organización social convivan en armonía. Por el contrario, como campo de acción con recursos escasos y con una estructura de posiciones de poder, los colectivos se insertan en una lógica de competencia por la apropiación de esos recursos y con el fin de hegemonizar las relaciones de poder dentro del campo. En el camino, e independientemente de los resultados e impactos que logran, estos activismos reactualizan los discursos y prácticas, los conocimientos y reglas, y los capitales y posiciones de poder que, con el tiempo, [re]definen las reglas del juego y del campo en el que ocurre su activismo. La lógica de operación de estos activismos es: entre más actividades realicen, logran más capital social y más reconocimiento simbólico lo que, a su vez, hace que sus propios grupos y liderazgos se reposicionen. Esto trae consigo una mayor actividad, lo que redundará en la concentración de capital, de posiciones y de visibilidad de unos grupos frente a otros. En ese sentido, los agentes se encuentran en permanente construcción de un campo social de acción colectiva.

6. Conclusión

El estudio ilustra la eficacia que los conceptos de campo de activismo y habitus radical tienen para describir las dinámicas de activismo en el contexto de distanciamiento social por la pandemia de Covid-19 en una región de México caracterizada por una alta incidencia delictiva, en especial, delitos de alto impacto como homicidios y secuestros. En este contexto de riesgo y peligro en que los activistas no solo se enfrentan a la violencia criminal, sino a las medidas de distanciamiento social derivadas de la pandemia, los colectivos de arte y cultura promueven actividades artísticas y culturales a través de plataformas digitales como Facebook, YouTube y Zoom, lo que les ha permitido mantener sus objetivos programáticos y fortalecer sus vínculos sociales y su autocomprensión como agentes de movilización.

Más aun, el hecho de construir una gran parte de sus actividades a través del mundo virtual detonó nuevas lógicas de organización y difusión social, así como procesos de rearticulación y fortalecimiento de las posiciones de dominación al interior de este campo de activismo. Si bien es cierto que los impactos de estos colectivos no se miden en términos de sus objetivos, lo que aquí se mostró es cómo lograron mantener sus

actividades en una coyuntura crítica. En este sentido, el par conceptual campo/habitus permite entender no solo esta permanencia en el tiempo, sino que, además, permite reordenar de forma armónica los conceptos clave para entender las dinámicas y estructuras de la acción colectiva, como los recursos, estructuras de comunicación, identidades y repertorios. De tal forma, el estudio ha aportado una mirada empírica novedosa al activismo cultural que se enfrenta a contextos de violencia y pandemia desde las herramientas conceptuales de la sociología de los campos, por lo que se coloca en una tendencia tal vez no hegemónica, pero sí muy prometedora en el análisis de la acción colectiva.

Uno de los problemas conceptuales que implica la noción de campo en el caso que aquí se estudia es hasta qué punto se puede incidir en la política de seguridad y en la crisis de violencia criminal. Sin duda alguna, el campo de activismo es útil para visibilizar ese espacio donde se genera la manifestación y movilización social con fines de incidir en la conversación pública o incluso en la política institucional. Si nos limitamos al concepto restringido de política, en su sentido institucional y formal, el activismo que se despliega es sumamente limitado, ya que las actividades culturales no buscaron influir en la política ni en la toma de decisiones. Si ampliamos el concepto para entender lo político en su sentido simbólico, los activismos culturales buscaron mantener sus actividades con el fin de visibilizar el problema de la violencia criminal y mantener la crítica a las autoridades del Estado. De tal manera, durante la pandemia los activismos se mantuvieron como actores que buscaron incidir en el discurso público. La relevancia de su actuar no ha estado —ni estará— tanto en cambiar la política partidista como en remover las formas en que se piensan y construyen los problemas colectivos.

Referencias

- Alam, M., Nilan, P. & Leahy, T. (2019). Learning from Greenpeace: Activist habitus in a local struggle. *Electronic Green Journal*, 1(42), 1–18. <https://doi.org/10.5070/G314237888>
- Álvarez Rodríguez, I. M. (2021). Más que hombres armados. Revisitar el movimiento de autodefensas de Michoacán. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 39(115), 1–36. <https://doi.org/10.24201/es.2021v39n115.2038>

- Arnold, M., Pignuoli, S. & Thumala, D. (2020). Las ciencias sociales sistémicas y la pandemia del coronavirus. *Cinta de Moebio*, (68), 167-180. <http://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2020000200167>
- Astorga, L. (2016). *El siglo de las drogas. El narcotráfico, del Porfiriato al nuevo milenio*. Penguin Random House.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Taurus.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Anagrama
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Buser, M., Bonura, C., Fannin, M. & Boyer, K. (2013). Cultural activism and the politics of place-making. *City*, 17(5), 606-627. <https://doi.org/10.1080/13604813.2013.827840>
- Castells, M. (1977). *The urban question: a marxist approach*. Edward Arnold.
- Castro, R. & Suárez, H. J. (Coords.). (2018). *Pierre Bourdieu en la sociología latinoamericana. El uso de campo y habitus en la investigación*. Universidad nacional Autónoma de México; Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Chang, B. (2020). From 'illmatic' to 'kung flu': black and asian solidarity, activism, and pedagogies in the Covid-19 era. *Postdigital Science and Education*, 2(3), 741-756. <https://dx.doi.org/10.1007%2Fs42438-020-00183-8>
- Creswell, J. W. (2013). *Qualitative inquiry & research design. Choosing among five approaches*. Sage Publications.
- Crossley, N. (2002). Repertoires of contention and tactical diversity in the UK psychiatric survivors movement: the question of appropriation. *Social Movement Studies*, 1(1), 47-71. <https://doi.org/10.1080/14742830120118891>
- Crossley, N. (2003). From reproduction to transformation: social movement fields and the radical habitus. *Theory, Culture & Society*, 20(6), 43-68. <https://doi.org/10.1177/0263276403206003>
- Crossley, N. (2005). How social movements move: from first to second wave developments in the UK field of psychiatric contention. *Social Movement Studies*, 4(1), 21-48. <https://doi.org/10.1080/14742830500051879>
- Denzin, N. K. & Lincoln, Y. S. (Eds.). (2018). *The SAGE handbook of qualitative research*. SAGE.

- Durán, M. M. (2012). El estudio de caso en la investigación cualitativa. *Revista Nacional de Administración*, 3(1), 121-134. <http://dx.doi.org/10.22458/rna.v3i1.477>
- Eder, K. (1985). The “new social movements”: moral crusades, political pressure groups, or social movements? *Social Research*, 52(4), 869-90. <https://www.jstor.org/stable/40970400>
- Escudero Macluf, J., Beltrán Delfín, L. A. & Gutiérrez González, L. (2008). El estudio de caso como estrategia de investigación en las ciencias sociales. *Ciencia Administrativa*, 1, 7-10.
- Fainstein, S. S. & Fainstein, N. I. (1985). Economic restructuring and the rise of urban social movements. *Urban Affairs Quarterly*, 21(2), 187-206. <https://doi.org/10.1177/004208168502100204>
- Flesher Fominaya, C. (2020). *Democracy reloaded: inside Spain's political laboratory from 15-M to Podemos*. Oxford University Press.
- Fuentes Díaz, A. & Fini, D. (2018). La emergencia de la defensa comunitaria. Violencia y respuestas frente a la inseguridad en México. En A. Fuentes Díaz & D. Fini (Eds.), *Defender al pueblo. Autodefensas y policías comunitarias en México* (pp. 13-34). Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Ediciones del Lirio.
- Gäbler, K. (2015). Green capitalism, sustainability and everyday practice. En B. Werlen (Ed.), *Global sustainability. Cultural perspectives and challenges for transdisciplinary integrated research* (pp. 63-88). Springer.
- Guerra, E. (2017). Organización armada. La dinámica operativa de los grupos de autodefensa tepalcatepenses. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 36(106), 99-123. <https://doi.org/10.24201/es.2018v36n106.1432>
- Guerra, E. (2020). Sujeción: forma y función de los rituales criminales en la operación de los Caballeros Templarios. En J. Treviño Rangel & L. H. Atuesta Becerra (Coords.), *La muerte es un negocio. Miradas cercanas a la violencia criminal en América Latina* (pp. 111-136). Centro de Investigaciones y Docencia Económicas.
- Guerra Manzo, E. (2015). Las autodefensas de Michoacán. Movimiento social, paramilitarismo y neocaciquismo. *Política y Cultura*, (44), 7-31. <http://www.redalyc.org/pdf/267/26743130002.pdf>
- Guerra Manzo, E. (2017). La violencia en Tierra Caliente, Michoacán, c. 1940-1980. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 53, 59-75. <https://doi.org/10.1016/j.ehmc.2017.01.004>

- Gutiérrez, F. (2020). Solidaridad y participación en una sociedad desigual: la Covid-19 en Filipinas. En B. Bringel & G. Pleyers (Eds.), *Alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia* (pp. 133-140). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Harvey, D. (2000). *Spaces of hope*. California University Press.
- Harvey, D. (2001). The art of the rent: globalization and the commodification of culture. En D. Harvey (Ed.), *Spaces of capital* (pp. 394-411). Routledge.
- Harvey, D. (2006). *Spaces of global capitalism. Towards a theory of uneven geographical development*. Verso.
- Krischer, O. (2012). Lateral thinking: activist networks in East Asia. *Art Asia Pacific*, (77), 96-105.
- Lomnitz, C. (2019). The ethos and telos of Michoacán's Knights Templar. *Representations*, 147(1), 96-123. <https://doi.org/10.1525/rep.2019.147.1.96>
- Luger, J. (2016). Singaporean "spaces of hope?". *City*, 20(2), 186-203. <https://doi.org/10.1080/13604813.2015.1090187>
- Maldonado, S. (2010). *Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. El Colegio de Michoacán.
- Maldonado Aranda, S. (2012). Drogas, violencia y militarización en el México rural. El caso de Michoacán. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(1), 5-39. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032012000100001&lng=es&tlng=es
- McAdam, D. & Scott, W. (2005). Organizations and movements. En G. F. Davis, D. McAdam, W. R. Scott & M. N. Zald (Eds.), *Social movements and organization theory* (pp. 4-40). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511791000>
- Novy, J. & Colomb, C. (2013). Struggling for the right to the (creative) city in Berlin and Hamburg: new urban social movements, new "spaces of hope"? *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(5), 1816-1838. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2427.2012.01115.x>
- Searle-Chatterjee, M. (1999). Occupation, biography and new social movements. *The Sociological Review*, 47(2), 258-279. <https://doi.org/10.1111/1467-954X.00172>

- Snow, D. A. & Benford, R. D. (1988). Ideology, frame resonance and participant mobilization. En B. Klandermans, H. Kriesi & S. G. Tarrow (Eds.), *From structure to action: comparing social movement research across cultures* (Vol. 1, Ser. International social movement research, pp. 197-217). JAI Press.
- Snow, D. A. & Benford, R. D. (1992). Master frames and cycles of protest. En A. Morris & C. Mueller (Eds.), *The frontiers in social movement theory* (pp. 133-155). Yale University Press.
- Thompson, N. (Ed.). (2012). *Living as form: socially engaged art from 1991-2011*. The MIT Press.
- Tilly, C. & Tarrow, S. (2006). *Contentious politics*. Paradigm Publishers.
- Valdés Castellanos, G. (2013). *Historia del narcotráfico en México*. Aguilar.
- Yin, R. K. (2009). *Case study research. Design and methods*. SAGE.
- Zarocostas, J. (2020). How to fight an infodemic. *Lancet (London, England)*, 395(10225), 676. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)30461-X](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30461-X)
- Zepeda Gil, R. (2017). Violencia en Tierra Caliente: desigualdad, desarrollo y escolaridad en la guerra contra el narcotráfico. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 36(106), 125-159. <https://doi.org/10.24201/es.2018v36n106.1562>
- Zhang, J. Y. (2020). Implicaciones de la censura en China durante la crisis de la Covid-19. En B. Bringel & G. Pleyers (Eds.), *Alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia* (pp. 85-94). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.